

LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES Y SU PRESENCIA ACTIVA: PERSPECTIVAS MÚLTIPLES, ESPERANZAS DE FUTURO

FELICIDAD LOSCERTALES ABRIL*

En este trabajo vamos a recoger las visiones de varias mujeres con las que he compartido experiencias sobre nuestra etapa escolar y, a partir de ellas intentaremos esbozar una visión sistemática acerca de la educación de las mujeres tal como ha sido y tal como esperamos que vaya a ser¹.

Los estudios de género están adquiriendo carta de naturaleza por su cantidad y variedad temática pero todavía están a la búsqueda de un espacio de prestigio en el conjunto de los saberes científicos. El difícil reconocimiento de los estudios que tienen como tema central aspectos relacionados con las mujeres y el género pone de relieve el hecho de que los contenidos científicos estuvieron durante mucho tiempo casi exclusivamente en manos de “los científicos”, de los “varones” de ciencia. Y a ellos, a los hombres investigadores, no se les ocurrió que ocuparse de la problemática de las mujeres fuese una responsabilidad de la investigación científica.

Sólo cuando se hizo patente una presión social específica y hubo en la comunidad científica presencia significativa de mujeres investigadoras, se han abierto campos de trabajo dedicados puntualmente a los temas de género que hasta ese momento había sido bastante descuidados, por no decir que ignorados, en aulas y laboratorios. Porque es evidente que primero fue una preocupación social, gracias, sobre todo, a la acción de las mismas mujeres, y después un contenido científico. Posiblemente hubo algunas razones para ello y convendrá ante todo conocerlas para así comprender el fenómeno y poder actuar en consecuencia.

Una primera causa de considerable importancia ha sido la de que no se ha llegado fácilmente a reconocer que las mujeres están discriminadas o marginadas. Por lo tanto, de ninguna manera se las asimila a otros colectivos marginados. Y todo ello por un doble hecho: que las mujeres no son minoría ni están “separadas” en la escena social al modo que pueden estarlo otros grupos. Por ejemplo, los de distinta raza que viven en barrios aparte, o los de otras religiones que visten de forma diferente o que tienen hábitos de

* Profesora del Departamento de Psicología Social. Universidad de Sevilla.

1. La autora hace referencia a los testimonios presentados por Mercedes Ledesma Arellana, María de los Ángeles Sanz Pérez y ella misma en una Mesa Redonda celebrada el 15 de marzo de 2000 en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Sevilla.

vida regulados por su fe. De esta forma la discriminación que las mujeres han sufrido no ha sido percibida de forma tan evidente y llamativa como otras.

En segundo lugar, y durante mucho tiempo, las propias mujeres no han tenido ni la más mínima conciencia de que esta discriminación existiese. Ellas se veían mezcladas con los hombres, de la misma forma que estaban mezcladas las personas de distintas edades y podían, por lo tanto, considerar que no había “separación”, ni “discriminación” aunque esa consideración fuese equivocada.

Esta percepción de las mujeres (o de muchas mujeres) acerca de sí mismas y de su situación con respecto a los hombres, conduce a una tercera causa. La ideología, las creencias y los valores sociales son los del grupo preponderante, el que tiene el poder, y se asumen también por el grupo que no está en esa posición. Quizás por falta de perspectiva histórica o por falta de información... o de imaginación, las mujeres participaban de las mismas ideas estereotipadas que tenían los hombres acerca de su condición y su destino. Y lo que es peor, las transmitían a las generaciones jóvenes a través de los cauces de la educación y la socialización.

Actualmente ya se percibe un giro importante en este sentido y así se pueden destacar varios ejemplos significativos como el interés de la investigación biomédica por la salud de las mujeres como factor de bienestar social, o el capítulo, en la tercera edición del *Handbook of Social Psychology* de 1985 editado por Lindzey y Aronson, en el que Spence, Deaux y Helmreich se dedican al análisis de los roles sexuales en la sociedad americana. Otro ejemplo importante, ahora en el terreno de las ciencias sociales, es la *Historia de la Mujeres* que escribió G. Duby en 1994, o la magnitud y calidad de los estudios que se están publicando en los últimos años sobre la imagen y presencia de las mujeres en los medios de comunicación social.

I. LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES Y EL GÉNERO

Dentro de estos estudios de género es necesario plantear el tema de la educación de las mujeres con rigor científico en relación directa con disciplinas académicas que estén implicadas en la formación humana. Se pueden citar a este respecto la Teoría de la Educación, la Historia de la Pedagogía, la Psicología Social de la Educación o la Organización Escolar entre otras. Así será factible demostrar que es un tema de interés y con suficiente consistencia. Porque estamos en un momento histórico importante. Es importante para nosotras porque es el nuestro, porque representa nuestro presente y porque es, al mismo tiempo, la puerta abierta para el futuro. Un tiempo que ya no viviremos pero ante el que tenemos grandes responsabilidades porque estamos poniendo, con nuestras vidas, las bases sobre las que andarán quienes vengan tras de nuestros pasos.

Esta es, con toda seguridad, la gran lección de la Historia. Nada de lo que hay, nada de lo que somos, nada de lo que sucede, se puede explicar sin no es mirado con perspectiva, sabiendo que es un eslabón más en esa cadena de la vida social que está formada por los tiempos, los lugares y las personas que en ellos vivieron, con sus ideas, sus sentimientos y sus afanes.

Por eso queremos analizar qué hay en este presente nuestro, en la actualidad del cambio de siglo y de milenio, en relación con la educación de las mujeres, pero enraizando esta visión en los cambios, trascendentales y definitivos, que se gestaron en el XIX y fueron madurando a lo largo del XX. Ciertamente algo se removía ya desde tiempos anteriores pero hubo un gran impulso a partir de las dos grandes revoluciones contemporáneas, la Francesa y la Industrial, que permitió las importantes formulaciones feministas del XX. Ya en las primeras décadas de este siglo que acabamos de abandonar se plasmaron con nitidez muchas de los problemáticas, carencias y logros que marcaban, ya sin retorno, el impulso que movería a las mujeres para una presencia activa en los escenarios de la vida ciudadana.

Desde aquí, en el umbral, ya casi traspasado, de la postmodernidad y proyectándonos hacia el futuro que llega cada mañana ¿qué es lo que hemos de hacer y pensar ahora? ¿Cómo deseamos la educación de las mujeres en el siglo XXI?

Se puede afirmar que ya son múltiples y numerosas las perspectivas desde la que las mujeres hemos accedido a una presencia social activa y visible a partir de una posición localizada en la oscuridad de la historia que no permitía que se nos viese. Estábamos allí, habíamos contribuido a construir esa historia, pero no se notaba. Y eso es lo que está cambiando. Ahora las contribuciones y la presencia de las mujeres se han de notar. Hay que tener una localización visible y para eso uno de los cambios fundamentales está en las orientaciones con las que se educarán las niñas del presente y del futuro.

Porque es un hecho demostrado que, paralelamente a la revolución industrial, con la rápida emigración del campo a la ciudad, y la nuevas estructuras del mundo del trabajo, se consolidó e incluso se agravó la asignación a las mujeres de roles sociales y laborales que, en su mayoría, han sido marginales, secundarios y descalificados y las han mantenido en posiciones desfavorecidas de las que cada vez parecía más difícil evadirse.

Era esta una realidad presente a lo largo de toda la historia pero ha sido en esta época cuando la discriminación de las actividades “propiamente femeninas” y de las actividades y trabajos profesionales desempeñados por mujeres adquirió unas características que son particularmente peligrosas porque, curiosamente, coinciden con un momento histórico en que aparecen y hacen una fuerte presión social numerosos movimientos en defensa de los trabajadores más desfavorecidos y en contra de las actividades laborales denigrantes y agresivas. Por no mencionar más que un ejemplo nombraremos las Trade Unions que darían origen a los Sindicatos que tan activamente han luchado por los derechos del trabajador y la mejora de sus condiciones en fábricas, empresas y demás entornos de trabajo.

Sin embargo no parecía tan urgente lograr para las mujeres la misma igualdad de derechos y el mismo puesto en la sociedad porque parecía un dogma o un hecho científicamente probado que las “diferencias” entre los sexos acarrearán indiscutiblemente las “desigualdades” entre los géneros. La mayoría de los hombres y mujeres de todas las capas sociales e intelectuales lo reconocían así, y esta es una de las más importantes circunstancias que han ido generando un autoconcepto disminuido y específico en las mujeres.

Afortunadamente no todas las personas aceptaban estos presupuestos y por eso la evolución histórica a finales del XIX y principios del XX, desencadenó el llamado movimiento feminista que ha enarbolado la bandera de la reclamación de unos roles adecuados y no discriminantes para todas y cada una de las mujeres sea cual sea su status social. Este interés y, consecuentemente, la acción directa en pro de las mujeres aparecen en Europa y se generalizan con gran rapidez a lo largo del último tercio del siglo XIX como una piedra de escándalo en el seno de la sociedad burguesa que, aunque nacida bajo los impulsos de la Ilustración y sedimentada en las tendencias liberales, no se dio cuenta de que había dejado fuera de los “derechos humanos” a la mitad de la población.

En España el debate sobre la condición social de las mujeres es bastante antiguo aunque no se haya logrado todavía el objetivo de la toma de conciencia abierta y competitiva en cuanto al problema de la mujer. Desde 1870 se pueden encontrar indicios interesantes en diversos movimientos de opinión, en los medios de comunicación e incluso en la literatura, en las obras de autores tan importantes como Galdós, Clarín o Pardo Bazán. El camino recorrido hasta el momento actual es importante con hitos como la creación de los diferentes Institutos de la Mujer, síntoma de la sensibilidad de los gobiernos; y la aparición en muchas Universidades de los Seminarios de Estudios de la Mujer, un fenómeno paralelo al incremento de la población femenina tanto en el alumnado como en el profesorado.

Pero, como se ha dicho más arriba, son necesarios más y más variados estudios científicos sobre este problema para situarlo en sus medidas reales y poder, de esa forma, llegar a las soluciones más adecuadas. Y, además, es preciso que sean las mismas mujeres las que tomen conciencia de su responsabilidad social, de su necesidad de hacerse visibles y de la urgencia de prepararse adecuadamente para ocupar los puestos y espacios sociales que les corresponden. En una palabra, de educarse a fondo, pero no sólo como lo ha de hacer cualquier ciudadano (varón) sino de una forma más determinada. Una forma propia de las mujeres de un momento histórico en que se ha de hacer una conquista especial para la convivencia de los géneros y su adecuada comprensión mutua.

“Romper las barreras entre lo que hemos dado en llamar ámbitos público y privado está contribuyendo a que hoy podamos mirar menos dicotómicamente el mundo en que hemos nacido, así como a hacer más visibles las dimensiones que cada uno de dichos espacios comparte con el otro. De esta forma, nadie, sea hombre o mujer tendrá que seguir viendo restringida la posibilidad de transitar libremente por ellos” (Flecha, 1996, pág. 15)

Estas acertadas palabras, que hacemos nuestras porque coincidimos totalmente con su sentido, reflejan claramente la dinámica que mueve a la educación actual de las mujeres y define la ruptura de barreras como su objetivo central. La desaparición de obstáculos hará más libres a todas las personas sin distinciones de ningún tipo.

II. LA EDUCACIÓN EN LA ESCUELA DE AYER

Hemos aludido al magisterio de la historia y es, precisamente a la luz de ese magisterio, como cobra significación el hecho de reflexionar sobre la educación que antaño se daba a las mujeres. Sus datos e informaciones son una base imprescindible para la construcción del presente y la proyección hacia el futuro. De eso trató la reflexión aludida al comienzo de este trabajo, en la que participamos Mercedes Ledesma Arellana, del Centro de Adultos Juan XXIII de Sevilla y autora del libro “Trozos de mi vida”; M^a de los Ángeles Sanz Pérez, Presidenta de la Asociación de Amas de Casa Hispalis; y Felicidad Loscertales Abril, Catedrática E.U. de Psicología Social de la Universidad de Sevilla.

Tres mujeres concretas, todas ellas “niñas del ayer” porque ya su edad lo demostraba, que desgranaron ante el auditorio sus historias de vida para simbolizar las ideas educativas de un amplio periodo que abarca desde finales del XIX (en que se implantó la escolaridad obligatoria hasta los diez años) hasta bien cumplidos los años centrales del siglo XX. Son años que ya han pasado, en los que funcionaron las “escuelas de ayer” en las que les dieron instrucción y formación completando las influencias de sus familias y ambientes. Así resultó cada una muy diferente, con una personalidad y una trayectoria propia pero con un cierto mensaje uniforme: ser mujeres y cumplir ese destino tal como las creencias sociales del momento lo tenían previsto.

Se pusieron de manifiesto formas de vida, y líneas de acción vital muy distintas y, al mismo tiempo con ciertos rasgos semejantes. Quien esto escribe, como una más de las participantes, va a tomar la voz para dar una forma académica pero lo más literal posible, a lo que dijimos porque las palabras –historias de vida– que allí se pronunciaron pueden tomarse como una expresión directa y clara de las múltiples perspectivas desde las que se ha venido abordando la educación de las mujeres. No es que las reflejen todas, sino que pueden ser un testimonio importante y sobre todo real, para abordar una reflexión más profunda y trascendente.

Una de las integrantes, Mercedes, la primera que expuso su experiencia, nos hizo partícipes de una gran aventura. Ella nos contó que fue analfabeta durante años porque tuvo que trabajar en tareas ínfimas para ganarse el pan y porque dedicó una gran parte de su vida a criar sus hijos y sacar adelante la familia. La escuela para ella fue poco, porque no pudo ser “estudiante de profesión”, y pasó desapercibida durante su infancia y su juventud, unas edades en que mucha gente desperdicia las magníficas posibilidades de aprender en el mundo académico. Posibilidades que otras personas, como Mercedes, nunca tuvieron.

Su visión del trabajo es pesimista. Para ella trabajar ha sido una obligación pesada y dura para sobrevivir. No eligió una profesión sino que trabajó para sobrevivir. Sólo cuando se pudo liberar algo de esa carga, pudo atenderse a sí misma y conocer nuevas orientaciones que le han cambiado la vida.

Así es como, ya en una edad madura, se ha encontrado de nuevo con la escuela y, a través de los programas de educación de personas adultas recorre la vía hacia la cultura y el desarrollo personal. Sabe que ya no va a borrar lo pasado pero también sabe que puede construir, y de hecho lo está construyendo, un presente y un futuro más abiertos y amplios. Ha aprendido a leer y escribir, ha asistido a talleres diversos y hasta ha aprendido a manejar el ordenador sin demasiado miedo a la informática. Su libro es la prueba. Ella se da cuenta de cómo ha cambiado su vida y también es consciente de que su conducta es un modelo para muchas otras mujeres.

La segunda compañera, M^a. Angeles, proviene de una clase media, que normalmente se entiende como acomodada, pero en la que se sabe mucho de estirar las pesetas para que lleguen a fin de mes. Ella relató de forma dinámica y llena de agilidad cómo fue, en el hogar y en la escuela, educada para madre de familia que era lo que se veía conveniente y propio de una "chica de buena familia".

Y aunque siguió ese camino, del que no se arrepiente, pronto lo vio estrecho y quiso ampliarlo. Por eso se ha preocupado de progresar y de tener un papel social activo como asunción de una ciudadanía comprometida. Su vida, también en los momentos actuales en que se encuentra más libre, ha seguido una línea de acción social esforzada y agotadora pero satisfactoria. Actualmente preside una Asociación de amas de casa que se caracteriza por su dinamismo y motivación cultural.

Su visión del trabajo es diferente de la compañera anterior. Como no tuvo que partir de las graves dificultades que hubo de superar Mercedes, para ella, trabajar es una búsqueda de riqueza y dignidad personal y una forma de afrontar la responsabilidad social. Por eso su línea fundamental de acción es precisamente la de la participación ciudadana.

La tercera, que es quien esto escribe representaba a la mujer universitaria y desde este momento asumo la licencia de hablar, por un breve espacio, en primera persona. Mi presencia era subsidiaria porque quien realmente tenía que haber estado en esa comunicación de experiencias era mi madre, Felicidad Abril de Dios, que estudió y ejerció la Medicina en una época en que resultaba poco menos que extraña la presencia de mujeres en las aulas de la Facultad de Medicina y entre el equipo médico de un centro sanitario. Desgraciadamente había muerto en agosto del año anterior y tuve que hablar por ella y por mí. Yo soy, o he procurado ser, como ella, junto con mi padre, me enseñó.

Ella provenía de una familia muy humilde de un pueblo perdido de la sierra de Huelva. Allí su maestra de primera enseñanza creyó en ella y en sus posibilidades y, con ese impulso y superando muchas dificultades pudo conseguir una beca y estudiar, entre 1930

y 1936, una carrera tan poco habitual como la Medicina en la que se configuró como profesional de gran categoría. La aventura de su historia de vida es como una hermosa novela de amor y de ilusión porque en la Facultad conoció a un estudiante, mi padre, que como ella estaba tan escaso de dinero como sobrado de ganas de ser médico. Les he oído contar que, si querían ir al cine el domingo, ahorraban durante la semana no cogiendo el tranvía para ir a clase, ni tomando café. Fue una unión que sólo la muerte, cincuenta y seis años y cinco hijos después pudo romper... porque hasta a la guerra fueron juntos para ejercer como médicos en un Equipo quirúrgico de primera línea del frente de batalla. Por cierto, que a ese frente llevaron en un cestón a su primera hija, un bebé de meses que era yo misma.

De ellos aprendí que el trabajo (que ambos afrontaron duramente pero con ilusión vocacional) es un deber individual y social que nos permite construirnos como personas libres y también es una fuerte atadura: la obligación de aportar nuestra cuota a la sociedad en la que vivimos y de la que toda la ciudadanía es responsable.

De mi misma poco más puedo añadir. No tuve que superar dificultades económicas pero sí fuertes exigencias de austeridad y disciplina en una educación orientada a la formación universitaria y profesional. La gran suerte que tuvimos mis dos hermanas y yo no sólo fue el ejemplo de nuestra madre sino la actitud de nuestro padre que sería aplaudida por la más exigente línea feminista porque siempre nos trató y nos exigió por igual a los dos hermanos y las tres hermanas. Y los cinco conseguimos nuestra profesión universitaria. Para nuestros padres creo que mis cuatro hermanos y yo fuimos, junto a su vocación por la Medicina, la segunda cosa importante de su vida. Porque la primera era, para cada uno de ellos, el otro.

No obstante, yo soy, como mis compañeras de reflexión, hija de un momento social determinado y también percibí el mensaje específico de la educación "femenina" al uso, como algo importante (o quizás como lo primordial). También tuve una familia en la que ejercí como ama de casa y como madre de cinco hijos... a los que de ninguna manera renunciaría. Porque también ahora, en la edad que para otras personas casi todo acaba, para nosotras tres, como para otras muchas mujeres, empieza casi todo de nuevo.

En suma, las tres integrantes han sido determinadas por la actitud de la época hacia las mujeres que generó una educación especial y diferenciadora en la que lo primero y casi lo único era ser madres y esposas y consecuentemente buenas amas de casa. Y ellas lo percibieron y sintieron esas influencias porque nadie deja de estar afectado por la época en que le ha tocado vivir, pero se llegaron a dar cuenta, y así lo expresaron cada una a su manera, de que no todo queda ahí. Que las posibilidades no se acaban mientras hay vida y la libertad de elegir y cambiar de rumbo siempre puede estar al alcance de quien se lo proponga.

III. EDUCACIÓN Y SOCIALIZACIÓN DE LAS MUJERES

Cuando se habla de educación de las mujeres hay que hacerlo abarcando la presentación de los problemas y los intentos de solución. Problemas que surgen de los problemas de asunción del género, de la indefinición de los roles que se pueden, o deben, desempeñar por el hecho de ser mujer y tener ya asignados unos espacios sociales predefinidos. A las mujeres se las educaba en principio para ocupar esas posiciones por el hecho de ser mujeres sin tener en cuenta que, aisladas como individuos, es decir cada mujer, una a una, requeriría la educación adecuada. Con las características generales pero adaptada a las necesidades personales de quien se educa. Y eso no es nada nuevo, sino solamente describir lo que se predica en lo más elemental de las bases teóricas de los sistemas educativos actuales.

“Educación de las mujeres” no es un concepto único ya que las mujeres no forman un colectivo uniforme. Los grupos de mujeres que hay son muy variados y, por lo tanto, sus características son igualmente muy variadas. Pertenecer a los mal llamados Primer mundo o Tercer mundo, nacer en una u otra familia, los medios económicos o incluso un cierto nivel de salud, son algunas de las variadas circunstancias que provocan importantes diferencias desde la perspectivas de la persona que se educa, las niñas en este caso que consideramos. Y desde el punto de vista de cómo se educa la dimensión más importante a tener en cuenta es la de la complejidad de la formación de un ser humano. Tal como está configurada en la sociedad actual, esta formación tiene dos elementos fundamentales: la socialización y la instrucción.

Por socialización puede entenderse el impulso que recibimos del ambiente social que nos rodea desde el nacimiento. No es sistematizado pero es el que proporciona los fundamentos de la convivencia y la normativa para sobrevivir en su grupo social. La socialización está constituida por un amplio conjunto de influencias que proporciona todas las creencias y tendencias sociales e incluso los criterios éticos y normativos que funcionan en el entorno sociocultural donde las personas crecen y se desarrollan hasta llegar a la edad adulta.

En los procesos de socialización (la primera en llegar a las niñas, y la que prepararía el terreno de lo que sería aquella mujer en el futuro) se dedicaba un amplio espacio a la preparación para la vida de madre de familia, de mujer de hogar y, como es natural, previamente de novia y de esposa. No era una educación sentimental en el sentido en que se ha propiciado actualmente desde muchos foros como una forma de construir una personalidad completa y equilibrada, pero sí una presentación de normas y creencias socialmente aceptables y toleradas a las que había que someterse a través de una adaptación flexible o de un sometimiento forzado, pero siempre someterse. Y uno de los principios que en forma de precepto se transmitía a estas niñas y jovencitas era el de la invisibilidad: “el buen paño, en el arca se vende” era la frase que se repetía a jóvenes impacientes que deseaban salir más de lo “tolerable”.

¿Cómo se transmiten las ideas claves de una sociedad? ¿Cómo se enseñan los roles que tiene que desempeñar cada una de las personas que la forman? Cada grupo humano ha ido construyendo a lo largo de su historia los mitos (que explican su entorno y son su discurso de identificación colectiva) y los arquetipos que son los modelos humanos que se han de conocer para sobrevivir. Unos porque se han de copiar y otros porque se han de rechazar. Los cuentos infantiles son “textos” transmisores privilegiados para la socialización de la infancia. No es difícil encontrar en ellos los mitos y arquetipos de cada cultura. Blancanieves como el candor y la inocencia bondadosa, Proserpina y Caperucita Roja (que pueden representar lo mismo) como la niña incauta que tiene problemas con el “malo desconocido”... o las brujas y madrastras como arquetipos de maldad. Por eso es lógico que se encuentren cuentos para niños y niñas o, incluso en el mismo relato, modelos arquetípicos para ambos.

Un ejemplo en la socialización de las niñas es el mensaje de que busquen un compañero para su vida mirando más la belleza interior que la externa. Se encuentra, entre otros, en *La bella y la Bestia*, *El príncipe rana*, *Riquete el del Copete*... Es una forma de darles el mensaje de que así podrán construir y preservar el núcleo familiar del que son responsables: el mundo interior, el privado, el hogar... donde se necesita un buen marido y buen padre.

Ente mismo mensaje, la búsqueda de compañera, cuando se dedica a los chicos es diferente: a ellos se le indica que chica ha de ser bella. Parece que en ellas la belleza es bondad... Y la esposa debe ser buena y bella, con eso es suficiente. Es un tipo de mensajes que induce a pensar en la perpetuación de los papeles familiares ancestrales y en el reparto clásico de espacios. El padre, en el mundo público donde necesita ser fuerte y de grandes recursos para ejercer la profesión y mantener económica y socialmente a la familia, y la madre en el interior, en el mundo privado donde cuida de todos y ha de ser bella (el reposo del guerrero) y buena (la madre amorosa) para cumplir bien su misión.

La instrucción por su parte, a la que por extensión se llama también educación, se configura como una enseñanza intencional académica y sistematizada, que aporta, durante periodos claramente fijados de la vida (que suelen abarcar, en los países más desarrollados, la infancia y prácticamente toda la juventud) un conjunto de conocimientos que son el acervo cultural y científico de la sociedad de que se trate. Su superación, en teoría, ha de conducir a la profesionalización y con ella al logro del estatus de ciudadanía plena. Ciertamente, este último dato, no está generalizado por completo, y hay otras variadas formas de llegar a este estatus. Concretamente, aquí radicaba una de las fuertes diferencias entre la orientación de la educación de las mujeres y la de los varones. Porque a las jóvenes se les concedía la consideración de adultez y ciudadanía plena al casarse, Y se les dejaba de decir señorita para decirles señora. Lo cual no implicaba que, hasta hace poco tiempo, siguiesen siendo menores de edad, pues pasaban de la tutela legal del padre a la del marido. Lógicamente este mandato social no rezaba para los muchachos que eran “hombres de provecho” cuando tenían una ocupación laboral (universitaria o no) que le permitiera mantener una familia.

Actualmente, esta diferenciación se va borrando lentamente y ya, tanto para ellas como para ellos, el alcanzar una situación profesional es un paso a la plena ciudadanía. Aunque en los aspectos legales, la edad también cuenta.

A esta otra parte importante de la formación humana es a la que llamaríamos educación académica, escolarización... es la que transcurre en los circuitos reglados que oficialmente se han organizado en los países más desarrollados y con mayor tradición histórica. Son los llamados Sistemas Educativos que regulan de forma sistemática y legalmente estructurada la formación y las cotas de saberes y destrezas que han de tener los ciudadanos y ciudadanas de ese estado. Por lo general, en los momentos actuales no suele haber diferencias legales para el acceso a estos estudios de mujeres y de varones pero, hasta hace muy poco tiempo no era así. Por ejemplo, las mujeres no tenían acceso a estudiar en Academias Militares.

También, y en una importante medida se puede incluir aquí a la educación no formal. Y el caso de Mercedes asistiendo a la Educación de Personas adultas, lo demuestra. Es patente la diferencia que hay en este campo entre las mujeres y los hombres que, desde las edades más tiernas adoptan actitudes muy diferentes. Aquí las mujeres han puesto de relieve en todo el mundo, en circunstancias muy diversas, que están siempre dispuestas a aprender y a formarse. Parece como si una necesidad no cubierta durante muchos siglos, que no años, les hubiese despertado un hambre de cultura y de preparación que, por fin, parece poder empezar a saciarse. Así pues tanto el mundo académico como la educación no formal están pasando de la ausencia absoluta a la presencia masiva de las mujeres

Pero hay más aún. Una realidad se nos presenta en los momentos más recientes con una fuerza insospechada y sin que se puedan calibrar todas sus consecuencias: en la mayoría de los centros de estudio, en los institutos, en las universidades... las muchachas son mejores estudiantes que sus compañeros varones. Y desde la escuela infantil en adelante el estamento docente reconoce que las niñas –o jovencitas, o mujeres adultas– tiene mejor comportamiento, más espíritu de colaboración y más estímulo y ganas de trabajar.

Una última e importante dimensión en los sistemas de educación, tanto los institucionales como los no formales, es la presencia cada vez más numerosa de mujeres ejerciendo la docencia. Ya son mayoría las profesoras en los niveles de Enseñanza Primaria, son casi el mismo número en los niveles secundarios y están creciendo de forma imparable las proporciones de mujeres docentes en los ámbitos universitarios.

IV. LA EDUCACIÓN EN LA FAMILIA

Aunque estamos trazando un panorama sucinto y resumido, no quedaría completo si no se destaca el papel de la familia como contexto educativo privilegiado para las mujeres. Porque ella es, cronológicamente, el primer entorno de socialización y uno de los más importantes. Por eso al reflexionar sobre la educación de las mujeres no debe dejarse de lado el papel fundamental del núcleo familiar y sus integrantes.

Las ideas más comunes en relación con la educación dentro del hogar giran en torno a que allí se formaban las mujeres para el mundo privado puesto que la familia es el primero y más importantes entorno socializador como ya queda dicho más arriba. Sin embargo, la socialización es de un origen más amplio ya que lo que por su mediación se transmite es toda una construcción social acerca de las estructuras de roles que se han de configurar en su seno y todas la prescripciones y procripciones que atañen a su desempeño. Por eso es fácil concluir que la tarea socializadora no agota ni mucho menos la función educativa de la familia, ni el conjunto de aportaciones que puede llegar a hacer a la personalidad en crecimiento de las niñas y niños.

Por lo pronto, dentro del núcleo familiar hay personas adultas y nacen bebés que habrán de identificarse con sus roles, los de género entre ellos, a través del espejo, el modelo y la instrucción que les ofrezcan sus mayores. De ahí que la influencia directa de cada persona con la que las niñas en formación tomarán contacto es algo que se debe analizar con mucho cuidado. Las madres, y las demás mujeres cuidadoras en el entorno familiar han sido, y aún siguen siendo, en la mayoría de los casos, las personas que más tiempo y con más intensidad se relacionan con la gente menuda de la casa. Estas mujeres suelen ocuparse de unas tareas muy determinadas, las de cuidado y mantenimiento del hogar y las de atención a las personas que en él conviven. Todo ello quiere decir que los modelos que las niñas reciben en los momentos en que elaboran su identidad de género está muy polarizados hacia el mundo privado y sus actividades específicas.

Pero en el hogar no sólo están las mujeres como personas adultas ante la infancia. El papel de los padres, los varones, es algo muy interesante y poco estudiado. Nuestra hipótesis es la de que si, en lo que se refiere a su educación, el padre interviene activamente ante ella es muy diferente lo que le pasa a la chica. Ella va a valorarse más a considerarse más persona, mas significativa e importante. Es como el síntoma de que la mujer en cuestión es algo muy importante ya que su padre la atiende, ocupándose de su educación o al menos de un aspecto de ella. Porque lo contrario (y desde luego, lo más habitual) es que las niñas “eran cosa de su madre”, de las mujeres de la casa. Y ese el mejor sistema para que se perpetuasen y reprodujesen los moldes de siempre.

A partir de los métodos cualitativos de investigación, y dentro de ellos, siguiendo con las historias de vida, queremos ofrecer dos ejemplos significativos de la presencia activa del padre en la formación de las hijas. El primero, la dedicatoria en un libro, es el reflejo de lo que ya había hecho por sus hijas y muestra precisamente el interés que desarrolló por su formación y el respeto que, una vez coronada, le merece. El segundo es un simple paso más en la influencia formativa: unos consejos en una carta.

Reproducimos, en primer lugar, la dedicatoria que hace a sus hijas en 1895 Don Faustino Álvarez, Caballero de la Real orden de Isabel la Católica, Maestro de 1ª. enseñanza superior y Director de la 4ª. Escuela pública de párvulos de Sevilla (Los Altos Colegios de la calle Feria) de su libro *Apuntes Pedagógicos sobre la Enseñanza de Párvulos en España*.

A mis queridas hijas, María Fernanda y, Ana:

“A vosotras, que os honráis con pertenecer al Magisterio primario, pues os encontráis adornadas con el título de Maestra de primera enseñanza superior y que conocéis en lo que consiste la educación de los párvulos, os dedico este libro, fruto de mi paciencia y trabajo, y resultado práctico de mi labor escolar, en la cual vosotras me habéis ayudado las dos.

No es mi objeto enalteceros ni que os enorgullezcáis al deciros que conocéis la verdadera educación que, según creo, deben recibir los párvulos; pues siempre he inculcado en vuestros corazones el amor á la humanidad y á la modestia como principales virtudes que deben adornar á la mujer.

Cualquiera otra que, como vosotras, hubieran nacido en una Escuela de párvulos, en ella hubiese recibido su primera educación, en ella se hubiese hecho Maestra y en ella hubiese prestado á los párvulos sus primeros cuidados como Maestra; conocería tan bien como vosotras lo que debe ser la triple educación del niño en su primera infancia, ¿y quién sabe si aún mejor?

Recibid y guardad estos Apuntes que os dedico, como deben las buenas hijas guardar cualquier objeto querido de sus padres; y si cuando yo no exista en este mundo material, vosotras, en algún rato de descanso, leéis algunas de sus páginas y sentís que vuestras mejillas se humedecen con lágrimas, será señal que mi memoria no habrá muerto aún para vosotras, y entonces, agradeciendo vuestro filial recuerdo, os bendecirá

Vuestro padre.”

El señor Álvarez, con el estilo típico de su época, dedica su libro a sus dos hijas maestras de Primera enseñanza superior como él. Ellas se hicieron maestras como él y le han ayudado en sus tareas. Pero, además él insiste en que les inculcó las virtudes de amor a la humanidad y modestia lo cual es un importante indicativo de que se ha ocupado directamente de la formación de sus dos hijas. Es cierto que destaca estas virtudes como adornos de la mujer y eso podría sonar a situarlas aparte por ser mujeres, pero junto a eso las describe como profesionales experimentadas y capaces de evaluación crítica en el párrafo siguiente. Y, aquí es dónde prescindiendo de matices de género hace una apreciación centrada en aspectos profesionales. Es decir que valora su profesionalidad independientemente de que sean mujeres y, sobre todo, les demuestra su interés, un interés que ha sido permanente a lo largo de toda su educación.

El segundo ejemplo que hemos ofrecido es otra carta, Ésta aproximadamente de la década de 1960-70, es de su padre (médico) a una chica que pasa unos días de vacaciones en un albergue universitario en la playa. Destacamos solamente unos párrafos que son un compendio de intencionalidad educativa recta y equilibrada:

“Haz lo posible por portarte muy bien y muy correctamente. Es preciso que a las personas se les note en el trato la familia de la que proceden y la educación y concepto de la corrección que tienen. Y tu, sin presumir de aristócrata, ya que

ni lo somos ni lo deseamos –aristocracia de la sangre me refiero– sí puedes presumir de ser y descender de una familia modesta pero de auténtica aristocracia intelectual, ganada a fuerza de horas de trabajo; y que estoy seguro que todos mis hijos, y muy especialmente tu con tu fina sensibilidad, sabréis conservar y aumentar. Pero no basta con la cultura pura. Es preciso que la modestia, el agrado y la amabilidad en el trato con las gentes y mucho más con las que son menos simpáticas, o con las que congeniemos menos, resalte nuestra personalidad humana. Y es que así adquiere más valor al dominar con nuestra conciencia aquellos impulsos de lo subconsciente –subcorticales– que si nos arrastraran nos animalizarían un poco. La voluntad para dominar estos impulsos que es de la esfera cerebral superior –cortical– es la que distingue a la especie humana y es mayor cuanto más inteligente, culto y razonador es el individuo.”

Cuando este padre le recomienda a su hija un programa de conducta y convivencia, sin matices de género en este caso, le está dando el mejor de los mensajes de educación no sexista: resaltar su personalidad “humana”, no de mujer ni de hombre, sino de cualquiera de los dos ya que su objetivo es: “aristocracia intelectual” ganada a fuerza de horas de trabajo y “modestia, agrado y amabilidad” en el trato. Le está ofreciendo modelos de conducta que no tienen ningún viso de intencionalidad sexista, no se dice que una mujer debe ser de una forma u otra, se alude a conductas y estilos éticos humanos, propios de personas no solamente cultas sino también de categoría afectiva equilibrada y positiva.

En ambos casos, es esta atención que las destinatarias reciben directamente de sus padres (independientemente de la que les hayan prestado sus madres) la que nos parece muy valiosa para la autoestima y correcta socialización de las protagonistas. Si el miembro varón de la pareja parental valora, atiende y considera a la niña que crece ésta, evidentemente, se considerará valiosa y capaz de estar igualmente en ambos mundos, el privado y el público. Porque, según el modelo estereotipado, él es quien sale y ocupa un puesto en el mundo público y, desde esa posición en el exterior, ofrece a las niñas unas posibilidades distintas a las que se le ofrecieron en el interior por personas que, siendo del mismo sexo que ellas, tenían ocupaciones y posiciones centradas en esa privacidad interna.

Hay bastantes investigaciones acerca del éxito en los estudios durante la infancia y la adolescencia que muestran una alta correlación positiva entre las buenas notas obtenidas y el interés de la madre por los estudios así como el nivel cultural que ella posea. Pero esto no es una normativa de obligado cumplimiento, sino el resultado de unas investigaciones. Y en estos estudios lo que también demuestran es un estado de realidad social: puesto que la madre es la que más tiempo está en el hogar y allí es dónde se estudia y se hacen los deberes, cuanto más culta sea y más interés tome por los estudios de su prole y por ayudarles a trabajar y estudiar, mejores notas obtendrán sus hijos.

No se han hecho los estudios simétricos acerca de la presencia del padre ante las niñas (y también ante los niños) seguramente porque esa presencia no era estadísticamente significativa ya que cuidar los estudios era una tarea del interior, del mundo de la madre. Habrá que usar métodos cualitativos como observación naturalista, grupos de discusión

o historias de vida. Aunque también se puede estimar previsiblemente que la situación vaya a cambiar y que con las nuevas tendencias para compartir los espacios vitales de la familia los padres y las madres se repartirán —o compartirán— las tareas de atención y ayuda a los estudios y actividades escolares de su prole.

VI. ESPERANZA DE FUTURO

A la vista de todos estos planteamientos desearíamos terminar nuestra reflexión intentando predecir —y desear— cómo puede y debe ser el futuro de la educación de las mujeres. Y se puede resumir en dos palabras: apertura y equilibrio.

Por lo que respecta a los procesos de socialización sería deseable que, habiendo cambiado el pensamiento social, se reflejase un consenso acerca del equilibrio entre los géneros respetando las diferencias entre los sexos. De forma que ya no se diga, ni se piense, como si fuera un gran avance legal, que hay que flexibilizar el horario laboral de las mujeres madres ¡para que puedan seguir atendiendo a sus obligaciones familiares. Es más correcto pensar, y decir, que las obligaciones son de la pareja, padre y madre, de suerte que habrá que decidir cuál de los horarios laborales se flexibiliza... o flexibilizar los dos.

Por lo que respecta a la educación, no hay que repetir, sino sólo recordar las indicaciones de educación no sexista que se han formulado en todos los Sistemas Educativos modernos. Otra cosa es que no se sigan adecuadamente. A ello hay que tender, con programas bien estructurados de formación de profesorado.

Pero, con toda seguridad, y como la mejor conclusión, hemos de remitirnos a lo que se ha podido comprobar la experiencias nombradas. Lo más importante va a ser el cambio de actitud en las propias mujeres. Ella serán las mejores agentes educativas de la nueva educación. En primer lugar en el hogar donde, evidentemente, seguirá habiendo madres pero ahora trabajando codo con codo junto a los padres. En segundo término, en el Sistema Educativo, donde las mujeres, que son ya casi mayoría como docentes, han de acceder también a los puestos de decisión para poner en práctica sus ideas y principios. Y finalmente en la sociedad abierta en la que cada vez hay que hacer más clara y nítida la visibilidad de esa mitad de la población que, a partir de ahora estará también en primera línea para ayudar a construir un mundo mejor para personas iguales en las diferencias.